

## XVI

Dejando para más tarde la exploración al mercado, marché á la abandonada vivienda de D. Juan Ferragut, canónigo de la catedral, que desde los primeros días del sitio huyó de Gerona buscando lugar más seguro. Aunque este veterano de las milicias docentes de Cristo no figura en mi relación, debo indicar que era el primer anticuario de toda la alta Cataluña; hombre eruditísimo é incansable en esto de reunir monedas, escarbar ruínas, descifrar epígrafes y husmear todos los rastros de pisadas romanas en nuestro suelo. Su colección numismática era célebre en todo el país, y además poseía inapreciable tesoro en vasos, lámparas, arneses y libros raros; pero el grande amor que tenía á estos objetos no fué parte á detenerle en su huida, abandonando la historia romana y carlovingia por poner en seguro la más que ninguna inestimable antigualla de la propia vida. Luego una bomba arregló el museo á su manera.

Entrábase en la desierta casa por una pequeña puerta que comunicaba ambos patios, y que los vecinos solían tener abierta para venir á tomar agua en el pozo del nuestro. Cuando penetré en el patio, hallé que una gran parte de éste se había trocado en recinto cu-

bierto, formado por la acumulación de vigas y tabiques atascados en un ángulo antes de llegar al piso. Aquel improvisado techo no necesitaba sino ligero impulso, una voz fuerte, una trepidación insensible para caer al suelo. Adelantando cuidadosamente llegué á la caja de la escalera, abierta á la luz y al aire por el hundimiento de las salas de la fachada y de una parte del techo por donde penetró la bomba. Cubrían el suelo muebles confundidos con trozos de pared, vidrios y mil desiguales fragmentos de preciosidades artísticas, materia caótica de la historia, que ningún sabio podía ya reunir ni ordenar. La escalera había perdido uno de sus tramos, y para subir era preciso trepar, saltando abruptas alturas. Desde abajo veíase el interior de una alcoba que debía de ser la del señor canónigo, la cual pieza con un testero de menos, y conservando parte de sus muebles, se asemejaba á los aposentos de juguete para los niños, cuando se les quita la tapa ó pared lateral, cuya ausencia permite ver el lindo interior. Si algunos cuadros, cofres y roperos manteníanse arriba en los mismos puestos que desde luengos años ocupaban, en cambio la cama del canónigo yacía en el hondo de la escalera en una postura que podemos llamar boca abajo. Los gruesos pilares de aquel mueble, que no era otra cosa que un mediano monte de roble, aparecían por diversos puntos tronchados, esparciendo sus agudas astillas, y las colgadas en desorden dejaban ver entre sus pliegues los brazos de marfil de un Santo Cristo, y las secas ramas de unas disciplinas. De entre



los despojos de la piedra, y en la obscuridad de los rincones y honduras que formaban, ví surgir el brillo de dos discos luminosos, como dos puntos, como dos ojos que me miraban. A pesar de que sentí súbito temor, bajéme á recoger aquellas luces. Eran los espejuelos del buen Ferragut.

En la imposibilidad de subir, dí voces al pie de la escalera, por ver si desde aquellas solitarias cavidades me respondía alguno de los muchachos á quienes buscaba. Grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Badoret, Manalet! pero nadie me respondía. Recorrí todo lo bajo, explorando lo más escondido y lo más peligroso de los escombros, y sólo encontré la barretina de uno de los chicos; pero esto no era suficiente razón para suponer que ellos existiesen bajo las ruínas. Por último, regresando al hueco oí un agudo silbido, que resonaba en lo más alto del tejado. Esperé un rato, y en breve oyéronse de nuevo los mismos agudos sonos, y apareció una figura, que desde arriba con evidente peligro se inclinaba para mirar hacia el fondo. Era Badoret.

El muchacho, poniéndose ambas manos en la boca, gritó:

«¡Manalet, alerta!»

Y luego, forzando la voz, añadió:

«¡Alla van! ¡Allá va Napoleón, con toda la guardia imperial y la tropa menuda!»

Dicho esto desapareció, y yo me quedé abortito esperando ver á Napoleón con toda la guardia imperial. En efecto: por la rota escalera descendía á escape tendido un numeroso

ejército cuyos precipitados pasos metían bastante ruido. Saltaban de peldaño en peldaño por entre los pedazos de vigas, y con ligereza suma franqueaban los claros de la escalera, gruñendo, chillando, escarbando, describiendo piruetas, curvas, círculos, y empujándose, confundiéndose y precipitándose unos sobre otros.

Delante iba el mayor de todos, que era grandísimo, como sér de privilegiada magnitud y belleza entre los de su clase, y seguíanle otros de menor talla, y muchos pequeños, entre los cuales los había jovencuelos, juguetones y muchos graciosos niños. No eran docenas, sino cientos, miles, ¡qué sé yo! un verdadero ejército, una nación entera, masa imponente que en otras circunstancias me habría hecho retroceder con espanto. Las oscilaciones de sus largos rabos negros eran tales, que parecían culebras corriendo en medio de ellos, y sus brillantes ojos de azabache expresaban el azoramiento y la ansiedad de retirada tan vergonzosa. Venían hostigados, y la inmundicia caterva pasó junto á mí y en derredor mío con rapidez inapreciable, escurriéndose por entre los escombros hacia el patio. Seguíalos yo con la vista, y por una oscura puertecilla que ví en la pared, sumergiéronse todos en un segundo, como chorro que cae al abismo.

Yo no había visto aquella puerta abierta en un ángulo y que ocultaban dos toneles puestos en el patio. Acérqueme á ella y desde la boca grité:

«Manalet, ¿estás ahí?»



Al principio no sentí rumor alguno, sino un lejano y vago son de hojarasca que me pareció producido por las pisadas de la guardia imperial sobre montones de yerba seca. Pero al poco rato creí sentir como voces y lamentos que al principio parecieron aprensión mía ó eco de mis propios gritos; pero oyendo que se repetían más acentuados cada vez, resolví aventurarme en lo interior del aposento obscurísimo que ante mí se abría.

Nada pude ver en los primeros momentos; mas á poco de estar allí, distinguí las formas robustas de las tinajas y toneles, cajones rotos, arreos de caballerías y carros, y mil objetos de indefinible configuración, que iban saliendo poco á poco de la obscuridad á medida que mis ojos á ella se acostumbraban.

El sitio era poco agradable, y no sé por qué las barrigas de aquellas tinajas me ofrecían un aspecto temeroso, causa para mí de invencible horror. Reconocí en aquellas formas extravagantes las de ciertos monstruos que venían á amedrentarme en mis sueños de enfermo, y no les faltaba más que cuatro patas resbaladizas, húmedas, cartilaginosas, para arrojarse sobre mí. A los pocos pasos produjo el mismo ruido de hojarasca que antes había sentido, y observé que pisaba grandes capas de yerba seca, depositada allí sin duda para bestias que no habían de comerla.

De pronto, señores, sentí que las hojas sonaban pisadas por mil patitas, y los cabellos se me erizaron de espanto. ¿Por qué, si allí no había leones, ni tigres, ni culebras, ni ningún

animal verdaderamente fuerte y temible? Lo cierto es que tuve miedo, un miedo inmenso que heló la sangre en mis venas, dejándome atónito y paralizado. Quise huir, y hundíme en la yerba seca. Revolví los ojos en torno mío, y aumentó mi terror al ver que se disponía para acometerme por distintos lados, con la rabia de mil bestias feroces, todo el ejército imperial.

En un instante me sentí mordido y rasguñado en los tobillos, en las piernas, en los muslos, en las manos, en los hombros, en el pecho. ¡Infame canalla! Sus ojuelos negros y relucientes como cuentas, me miraban gozándose en la perplejidad de la víctima, y sus hocicos puntiagudos se lanzaban con voracidad sobre mí. Grité, pateé, manoteé; pero la flojedad del suelo en que me sostenía imposibilitaba mi defensa, y con esfuerzos extraordinarios pugnaba por echarme fuera de aquel mar de hoja seca, en el cual, si era difícil el correr, más difícil era el nadar. La turba insolente, aguijoneada por el hambre, á atacarme se atrevía. ¿Qué puede uno solo de aquellos miserables animaluchos contra el hombre? Nada; pero ¿qué puede el hombre contra millares de ellos, cuando la necesidad les obliga á asociarse para combatir al rey de la creación? Hallándome sin defensa, exclamé con angustia: «¡Badorret, Manalet, venid en mi auxilio! ¡Socorro!»

Por último, conseguí poner el pie en tierra firme, y sacudiendo manotadas á diestro y siniestro, logré aminorar el vigor del ataque. Corrí de un lado para otro, y me siguieron;



subíme á un gran tonel, y veloces como el rayo subieron ellos también. Su estrategia era admirable: adivinaban mis movimientos antes de realizados, y como saltara de un punto á otro, me tomaban la delantera para recibirme en la nueva posición. Animábanse en el combate por un himno de gruñidos que á mí me daba escalofrío; diríase que rechinaban en acordada música militar sus dientes, demostrando gran rabia y despecho, todos aquéllos que no podían hacerme presa.

¡Terrible animal! ¡Qué admirablemente le ha dotado la Providencia para que se busque la vida á despecho del hombre, para que se defienda contra las agresiones de fuerza superior, para que venza obstáculos naturales, para que haga suyas las más laboriosas conquistas humanas, para que mantenga su inmensa prole en lo profundo de la tierra y al aire libre, en los despoblados lo mismo que en las ciudades! La Providencia le ha hecho carnívoro para que encuentre alimento en todas partes; le ha hecho roedor para que devore á pedazos lo que no puede llevarse entero; le ha dado ligereza para que huya; blanda para que no se sientan sus alevosos pasos; finísimo oído para que conozca los peligros; vista penetrante para que atisbe las máquinas preparadas en su daño, y agudo instinto para que con hábiles maniobras burle vigilancias exquisitas y persecuciones injustas. Además posee infinitos recursos, y como bestia cosmopolita, que igualmente se adapta á la civilización y al salvajismo, po-

see vastos conocimientos de diversos ramos, de modo que es ingeniero, y sabe abrirse paso por entre paredes y tabiques para explorar nuevos mundos; es arquitecto habilísimo, y se labra grandiosas residencias en los sitios más inaccesibles, en los huecos de las vigas y en los vanos de los tapias; es gran navegante, y sabe recorrer á nado largas distancias de agua, cuando su espíritu aventurero le obliga á atravesar lagunas y ríos; se apoya en las cuadernas de los buques, dispuesto á comerse el cargamento si le dejan, y á echarse al agua en la bahía para tomar tierra si le persiguen; es insigne mecánico, y posee el arte de transportar objetos frágiles y delicados, secretos de que el hombre no es ni puede ser dueño; es geógrafo tan consumado, que no hay tierra que no explore, ni región donde no haya puesto su ligera planta, ni fruto que no haya probado, ni artículo comercial en que no haya impreso el sello de sus diez y seis dientes; es geólogo insigne y audaz minero, pues si advierte que no disfruta de grandes simpatías á flor de tierra, se mete allí donde jamás respiró pulmón humano, y construye bóvedas admirables por donde entra y sale orgulosamente, comunicando casas y edificios, y huertas y fincas, con lo cual abre ricas vías al comercio y destruye rutinarias vallas; y por último, es gran guerrero, porque además de que posee mil habilidades para defenderse de sus enemigos naturales, cuando se encuentra acsado por el hambre en días muy calamitosos, reúne y or-



ganiza poderosos ejércitos, ataca al hombre, y al fin, si no halla medio de salir del paso, estos ejércitos se arman unos contra otros, embistiéndose con tanto coraje como táctica, hasta que al fin el vencedor vive á costa del vencido.

Poseyendo un gran sentido civilizador, se acomoda al carácter de las comarcas y regiones que escoge para desarrollar su genio activo, y come siempre de lo que hay. Eso sí, no respeta ni sabe respetar nada: en el tocador de la dama elegante se come los perfumes, y en casa del boticario las medicinas. En la iglesia hace mil condimentos con las reliquias de los santos, y en los teatros se apropia los coturnos de Agamenón y la loriga de D. Pedro el Cruel. Artista á veces, si el destino le lleva á los museos, se almuerza á Murillo y cena con algo de Rafael, y cuando acierta á penetrar en casa de los anticuarios ó de los eruditos, se convierte en uno de éstos por la influencia de la localidad, es decir, que se traga los libros.

Todas estas eminentes cualidades las desplegó contra mí la inmensa falanje. Aquellos padres que por dar de comer á sus hijos, aquellos amantes esposos que por librar de la muerte á sus mujeres no vacilaban en mirar frente á frente á un sér superior, tenían toda la perversidad que dan las supremas exigencias de la vida. Pero era realmente una vergüenza para mí el rendir mi superioridad de fuerza y de inteligencia ante aquella chusma de los bodegones que, procedente de distin-

tos puntos de la ciudad, por caminos sólo sabidos de ella sola, se había reunido en tal sitio. Así es que, reponiéndome al cabo de algún tiempo de mi primitivo susto, arrebaté un palo que al alcance de la mano ví, y haciendo pie firme sobre el tonel, comencé á descargar golpes á todos lados, increpando á mis enemigos con todos los vocablos insultantes, groseros y desvergonzados de la lengua española.

Si no obtuve desde luego por este medio ventajas positivas, conseguí al menos amedrentar á los pequeños, que eran los más insolentes, y sólo los grandes continuaron empeñados en roerme. Pero los grandes me ofrecían blanco más seguro, y he aquí que después de un rato de combate peligroso, incesante, en que multiplicaba los movimientos de mis brazos y piernas con rapidez más propia de un bailarín que de un guerrero, comencé á adquirir alguna ventaja. La ventaja en las batallas, una vez que se manifiesta, va creciendo en proporción geométrica, determinada por los temores y recelos del que flaquea, por el orgullo y reanimación del que gana terreno; y esto me pasó á mí, que al fin, señores míos, á fuerza de trabajo y constancia pude adquirir el convencimiento de que no sería devorado.

Cuando me ví libre de la guardia imperial (pues no renunció á darle este nombre), me hallaba tan cansado que dí con mi cuerpo en tierra.

«Si me atacan otra vez—dije para mí,—acabarán conmigo.»



## XVII

Pero en la desbandada del numeroso ejército, no abandonaron el campo todos los combatientes; no: allí enfrente de mí, arrastrando por el suelo su panza formidable, estaba uno, el más grande, el más fuerte, ¿por qué no decirlo? el más hermoso de todos, fijando en mí el chispeante rayo de sus negras pupilas, con la oreja atenta, el hocico husmeante, las garras preparadas, el pelo erizado, y extendida la resbaladiza cola, escamosa y parduzca.

«¡Ah, eres tú, Napoleón!—exclamé en voz alta como si el terrible animal entendiese mis palabras.—Ya te reconozco. Eres el mayor y el más fuerte de todos; eres el que iba delante cuando bajábais por la escalera. Infame, tu corpulencia y tus años te dan sobre los de tu ralea la superioridad que demuestras; pero eres un egoísta que por tu propio provecho, reúnes á tus hermanos para que te ayuden en tus carnicerías. Miserable, ellos están flacos y tú estás gordo. Lo que ellos husmean tú te lo comes, y á falta de otro manjar, devorarás á los pequeñuelos que te siguen, orgullosos de tener un general tan bravo. Miserable, ¿por qué me miras? ¿Crees que te temo? ¿Crees que temo á una vil alimaña como tú? El hombre, que á todos los animales domi-

na, que de todo se vale, que se alimenta con los más nobles, ¿temblará ante un indigno roedor como tú?»

Corrí hacia él; pero desapareció agachándose para esconderse entre unos maderos. Despejé aquel sitio; pero él se escurrió ligeramente y le perdí de vista. Esta exploración me llevó muy adelante en la larga bodega, y en la crujía inmediata ví que se desparramaban á un lado y otro, corriendo por encima de las tinajas y por las mil sinuosidades de la pared, mis enemigos de un momento antes. Todos me miraban pasar, y corrían de un lado á otro. No me quedaba duda de que eran algunos miles. A cada instante me parecía mayor su número.

En un rincón de la última crujía había un pequeño tonel en pie, tapado con una baldosa, con aspecto muy parecido al de una colmena. Cierta vago rumor que de allí salía, me hizo fijar la atención, y entonces ví que la boca del tonel estaba de frente. Pero lo que me causó sorpresa no fué esto, sino que por dicha boca apareció un dedo, y después dos. En el mismo momento una voz al mismo tiempo infantil y cavernosa, como toda voz de niño que sale por el agujero de un tonel, llegó á mis oídos diciendo:

«Andrés, ya te veo. Aquí estoy. Soy yo, Manalet. ¿Se ha ido esa canalla? Me he encerrado aquí para que no me comieran, y he tapado mi casa con una baldosa. ¿Tienes algo de comer?»

—No: ya puedes salir. No tengas miedo,—le respondí.



—Están ahí todavía. Siento sus patadas. Son cientos de miles. Ayer no había tantos; pero Napoleón ha ido esta mañana y ha vuelto con no sé cuántos miles más. Toma este eslabón y esta yesca, Andrés. Prende fuego en un manojo de yerba, teniendo cuidado de que no se encienda todo, y verás cómo echan á correr.»

Dióme por el agujero el pedernal, eslabón y pajuela, y al punto hice fuego. Cuando el resplandor de la llama iluminó las oscuras bóvedas y muros, todos los caballeros corrieron despavoridos, y bien pronto no quedó uno. Ignoro el lugar de su repentina retirada.

«Se han ido—dije.—Ya puedes salir.»

Entonces ví que se levantaba la baldosa que tapaba el tonel, y aparecieron los cuatro picos negros de un bonete de clérigo. Debajo de este tocado se sonreía con expresión de triunfo la cara de Manalet.

«Si tú no vienes—dijo,—¿qué hubiera sido de mí?

—¡Bonito sombrero!—exclamé riendo.

—Perdí la barretina, y como tenía frío en la cabeza... ya ves.

—¿Y Badoret?

—Está en el tejado. Oye lo que nos pasó. Ayer cazamos algunos; pero no pudimos coger á Napoleón, que así le llamamos por ser el más grande y el más malo de todos. Cuando anocheció, anduvimos dando vueltas por la casa y nos encontramos una cama; ¡qué cama, Andresillo! Era la del canónigo. Como valía más que la nuestra, nos acostamos en

ella; pero no pudimos dormir, porque al poco rato sentimos un rum de dientes y uñas... Eran esos pillos que se estaban cenando la biblioteca. Nos levantamos, Andrés, y les apedreamos con los libros y con los muchos cacharros y figuritas de barro que el canónigo tiene allí. ¿Pues creerás que no pudimos coger ninguno vivo? Perseguidos por nosotros, se fueron en bandada al tejado, luego bajaron al patio, volvieron, y nosotros siempre tras ellos sin poderlos pescar. Pero me dijo Badoret: «Yo me voy al tejado, y les hostigaré para que bajen. Ponte tú á la entrada de la bodega, detrás de la puerta, y conforme vayan entrando, les vas descargando palos, y alguno ha de caer.» Así lo hicimos. Yo bajé aquí, y desde arriba Badoret me decía: «Alerta, Manalet. ¡Allá van!» ¿Querrás creer que estando yo en esa puerta entraron todos en batallón con tanta fuerza que me caí al suelo? Cuando me levanté encendí luz y todos se marcharon; pero luego volvieron y entre todos casi me comen. ¡Ay, Andrés, qué miedo! Uno me roía por aquí, otro por allá, y yo empecé á llorar, porque ya creía no volver á ver más á Siseta, á Gasparó, á tí ni al Sr. Nomdedeu. Pero, amigo, oye lo que hice para escapar: le recé á San Narciso y á la Virgen unos ocho Padrenuestros lo menos, y cádate aquí que no había acabado de decir *mas libranos de mal, amén*, cuando, chico, suenan unos truenos, unos cañonazos, unos estampidos tan terribles que aquello parecía la fin del mundo. ¿Qué crees que era? Pues nada más sino que un gigante empezó á dar pata-



das en la casa, encimita de aquí, y desde esta misma bodega sentí caer las paredes. Allí habías de ver cómo corrían estos bichos, llenos de miedo por los golpes que dió el gigante mandado por la Virgen y San Narciso para salvarme. Me parece que aún le estoy oyendo.

—Pues qué, ¿habló también?

—Sí, hombre. ¡Pues no había de hablar! Después de dar muchas patadas, dijo con un vocerrón muy fuerte: «Canallas, dejad á Manalet!» Pues verás. Después de esto quise salir, pero no encontré la puerta. Me volví loco dando vueltas para arriba y para abajo, y otra vez recé á San Narciso y á la Virgen para que me sacaran. Nada, no me querían sacar. Luego volvió Napoleón, y con él muchos, muchísimos más, porque has de saber que por el agujero que está debajo de aquella pipa se pasan de esta casa al almacén de la calle de la Argentería, y también van al río, y á las casas de la plaza de las Coles. Como ahora no encuentran qué comer en ninguna parte, andan de aquí para allí y entran y salen. Pues, hijito, la volvieron á emprender conmigo, y la segunda vez no me valió rezar diez y ocho ó diez y nueve Padrenuestros. Lo que hice fué encender luz, y entonces me dejaron en paz; pero tenía tanto miedo que me metí en el tonel donde me encontraste, y lo tapé con la baldosa para estar más seguro. Yo decía: «¿Pero tendré que estar aquí un par de años, San Narcisito de mi alma?» Y me acordaba de Sisetá y de Gasparó. ¡Ay, Andrés, si no vienes tú, allí me quedo!

—Pues vámonos fuera—le dije tomándole por la mano,—y busquemos á Badoret para salir de esta casa. Veo que los dos sois unos cobardes, que os habéis dejado acoquinar por esos animalitos. ¿Habéis llevado algo al mercado?

—¡Qué habíamos de llevar! Espérate y verás. Hemos de coger vivos un par de docenas, y si tú nos ayudas... Andresillo, Napoleón vale lo menos nueve reales. Si le cogiéramos...

Salimos fuera, y Manalet se sorprendió de ver los destrozos causados en la casa por la explosión del proyectil.

«Mira los desperfectos hechos por el gigante que vino á salvarte, Manalet. Ahora tratemos de subir en busca de tu hermano.

—En el otro patio hay una escalera chica por donde se puede subir—dijo.—¡Cómo está la casa! Bien decía yo que el gigante, por querer meter mucho ruido, la destrozó toda.»

Subimos, y en ninguna de las habitaciones del piso principal vimos al buen Badoret. Le llamábamos, pero ninguna voz nos respondía. Por último, le hallamos dormido sobre una cama colocada en uno de los últimos aposentos del desván. Despertámosle, y nos llevó á la biblioteca, donde, según dijo, tenía un repuesto de víveres que había encontrado en la casa.

«Sí, Sr. D. Andrés—dijo sacando gravemente una llave del bolsillo de sus andrajosos calzones.—Aquí tengo una buena cosa.»

Y abrió la gaveta de una gran cómoda antigua chapeada de marfil y madreperla. Lo



primero que ví fué un gran número de antiguas monedas de cobre y plata, todas romanas, á juzgar por lo que había oído contar de las colecciones del canónigo Ferragut. Badoret apartó á un lado varios objetos, y descubrió un niño Jesús de esa pasta de alfeñique que tan bien han hecho siempre las monjas.

«Este es un regalito que hicieron las monjas al señor canónigo—dije tomándolo.—Se lo llevaremos á Siseta. En casos de hambre, es lícito comerse lo ajeno. Muchachos, cuidado con coger una sola de esas monedas.»

Al niño Jesús le faltaba una pierna, devorada por Badoret, y no pude evitar que Manalet se comiese la otra.

«¿Tienes algo más?—pregunté.

—Sí—repuso Badoret.—Si el Sr. Andrés quiere unas lonjitas de manuscrito de ochocientos años y una copa de tinta superior, se lo puedo servir.»

Por el suelo yacían, arrojados en desorden y medio roídos por los ratones, los preciosos manuscritos y los incunables, reunidos en tantos años por el celo y la paciencia del ilustre clérigo; y con un plano á pluma de la vía romana ampurdanesa, Badoret se había hecho un sombrero de tres picos.

«Aquí tengo un pincho que voy á llevar esta tarde á la muralla para ver qué dicen de él los franceses—dijo el mismo, señalando una partesana del Renacimiento, cuyo rico damasquinado causaría admiración al menos entendido.—Por ese agujero que está en el rincón, salieron varios generales que venían de la otra

«casa, y para cortarles la retirada lo tapé con la cabeza de aquella estatua de mármol que está debajo del sillón.»

En efecto: una cabeza de ángel tapaba un agujero que se abría por el desconche de la mampostería en el zócalo de la pieza. Estaba ajustado y atacado con papeles y trozos de vitela, entre cuyos pliegues se advertía el hermoso colorido y el oro de las letras pintadas por los benedictinos de la Edad Media.

«Habéis destrozado todas las maravillas que aquí tenía el Sr. Ferragut—dije con enfado.—En cambio de tanta pérdida, nada habéis podido llevar hoy al mercado.

—Ya llevaremos, amigo Andrés—me contestó Badoret.—¿Cómo está mi hermana? ¿Cómo está mi señor hermano D. Gasparó? No salgo de aquí sin llevarles una buena pieza. La cabeza del niño Jesús será para el chiquito, el cuerpo para Siseta, un brazo para la señorita Josefina, y otro para el Sr. Nomdedeu. Veremos si se coge á Napoleón. Anoche vino aquí, y quiso llevarse un pedazo de vela de cera. Si no estoy pronto á coger el violín en que tocaba el señor canónigo y á estampárselo encima, carga con ella.»

En el suelo yacía hecho astillas el Estradivarius del buen Ferragut; pero Manalet le recogió, con intento, según dijo, de hacer un barco con él.

«Andrés—dijo Badoret.—Napoleón es malo y traidor. No se deja coger, y sabe más que todos nosotros. Cuando viene con su gente, él se pone delante y les echa cada arenga... Si en-



encuentran algo, él se lo come y da hocicadas á los demás. Aunque le tires encima palos, cacharros, estatuas, cuadros, monedas, libros, violines, bonetes, mapas y cuanto hay aquí, no consigues matarle ni herirle. Te diré por qué. Tú crees que Napoleón es una rata. Aviado estás. No es sino el Demonio, el Demonio mismo. O si no, escucha. Anoche, después que bajó Manalet, me tendí en la cama del canónigo, que es más blanda que la mía, y desde que cerré los ojos sentí que me roían un dedo. Sacudí la mano y aquello pasó. Pero luego empezaron á roerme otro dedo. ¡Ay, chico, qué miedo! Volviéndome del otro lado, me puse panza arriba. Entonces el condenado animal se me subió encima del pecho. Chico, cada pata pesaba tanto como la torre de San Félix: ya me iba aplastando, aplastando, y no podía respirar. Ya tenía el pecho como el canto de un papel... Aunque me daba muchísimo miedo, tenía muchísima gana de verlo,» y dije: «¿abro los ojos ó no los abro?» A veces decía: «los abro,» y á veces decía: «pues no los abro.» Por fin, amigo, dije: «pues quiero verlo,» y lo ví. ¡Jesús me valga! Lo tenía encima, echado sobre los cuartos traseros, y con las patas delanteras tiesas. Me miraba, y los ojos no eran sino como dos lunas muy grandes. En la punta de cada pelo negro tenía una chispa de fuego, y los bigotes eran tan grandes, tan grandísimos como de aquí... como de aquí, ¿hasta dónde diré? hasta el campanario de las monjas Descalzas. El picarón estaba muy satisfecho mirándome, y se relamía con una lengua de fuego en-

carnado tan grande como toda la calle de Cort-Real, desde la plaza del Aceite hasta Ballesterías. Yo quería saltar, pero no podía. ¡Pobrecito de mí! Quise echarme á llorar llamando á Siseta, pero tampoco pude. Así estuve hasta que me ocurrió decir: «Huye, perro maldito, al Infierno.» Amigo, el animal saltó bufando. Corrí tras él de un aposento á otro, y grité: «Por la señal de la Santa Cruz.» Del dormitorio corrió á la biblioteca, de la biblioteca al dormitorio, hasta que al fin... ¿qué pensarás que hizo? ¡Bendita sea mi bocal! Pues reventó, quiero decir, saltó contra las paredes y el techo, y paredes y techo todo se vino abajo. La escalera que está pegada al dormitorio se cayó, haciendo un ruido, ¡qué ruido! Las paredes iban retumbando así: bum, bum... la cama, los muebles, todo se hizo pedazos, todo se cayó al fondo, y luego, chico, el patio subió arriba: yo ví el brocal del pozo volando por los aires, y el tejado se fué al patio y media casa se hizo polvo. Yo me acurruqué detrás de ese armario, y allí, con las manos en cruz, recé hasta que se me secó la lengua. Un sudor se me iba y otro se me venía. En fin, Andre-sillo, hasta que no llegó el día, no salí del rincón, ni se me quitó el miedo. Luego subí al desván; estuve rondando por las buhardillas que no se habían hecho pedazos, y allí me encontré otra vez con el señor Napoleón, seguido de su guardia imperial. Les hostigué: se retiraron por la escalera abajo, llamé á Manalet, no me respondió, me metí en el cuarto del canónigo, registrando todo, y en el arca en-



contré el niño Jesús de alfenique, y después, sin saber cómo ni cuándo, quedéme dormido en la cama donde me encontraste.

—Pues ahora á casa. Vuestra hermana está con cuidado por ausencia tan larga.

—Despacio, amigo Andrés—me contestó el mayor.—Mira lo que tengo aquí preparado. ¿Ves este gran artesón? Pues se le pone boca abajo, levantado por un lado con una cañita; se ata á la punta alta de la cañita un hilito; se ponen debajo unos pedazos de ratoncillos muertos que hay en la escalera, los cuales quemaremos antes para que huelan; plantamos en el patio toda esta artimaña, y nos escondemos en la escalera con el hilito en la mano para poder tirar sin que nos vean. Hacemos humo en el sótano quemando la yerba. Salen todos, con el gran Napoleón á la cabeza, y éste los lleva al artesón, que es España; empiezan á roer, diciendo: «qué buena conquista hemos hecho;» entonces tiramos del hilo, y España se les cae encima cogiéndoles vivos.»

## XVIII

Diciendo esto, cargaron con el artesón y bajáronlo al patio, y en un instante el traidor aparato quedó muy bien instalado, con el cebo dentro y el hilo en su sitio. España estaba

dispuesta; no faltaba más que la invasión francesa.

Badoret entró impertérrito en la bodega y volvió al poco rato, diciendo: «Están en guerra unos con otros. Vengan acá, que esto merece verse.» Entramos, y, en efecto, ví la colosal batalla. Yo sabía que aquel enérgico y emprendedor animal se vuelve en su desesperación contra su propia casta cuando no encuentra en ninguna parte medios de subsistencia; pero jamás había visto los choques de aquellos feroces ejércitos, que embestían con la saña salvaje de las primitivas guerras entre los hombres. Se arrojaban unos sobre otros, enredándose en horroroso vórtice, y se clavaban sin piedad las terribles armas de sus agudos dientes. Esta lucha no era en modo alguno una revuelta explosión de odios y hambres individuales, sino que tenía conjuntos poderosos, y las masas parduzcas indicaban empujes colectivos dirigidos por el instinto militar que algunas especies zoológicas poseen en alto grado.

«Los que están bajo el tonel—dijo Badoret,—son los del lado de allá del Oñá, que han venido nadando. Con ellos están todos los de la parroquia de San Félix, y los de este lado son los de la plaza de las Coles, los más gordos, los más bravos, y tienen por jefe á Napoleón.

—Pues esos que han venido nadando—dije yo,—no son otros que los ingleses, y los de la parroquia de San Félix son la gente del Norte. Me parece que va ganando Francia, es decir, la plaza de las Coles.»